



**LOS CHICOS MALOS
LAS PREFIEREN
MORENAS**

BAD BOYS I

PAOLA NOGUERA FRANCO

*Los chicos malos las
Prefieren morenas*

BY

PAOLA NOGUERA

TITULO: Los chicos malos las prefieren morenas

AUTORA: Paola Noguera

EDICIÓN: Paola Noguera

DISEÑO DE PORTADA: Paola Noguera

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

*Los nombres y referencias usadas en este relato son
meramente ficticios*

Y usados con el único fin de entretener.

Nada es real.

A mi hermana Lika, por creer en mí.

ÍNDICE

[ACTO 1](#)

[ACTO 2](#)

[ACTO 3](#)

Los chicos malos las prefieren morenas

ACTO 1

¿Por qué habría de extrañarse?

Ya ni siquiera era capaz de contar la veces que su novio Fabrizio Francois la había vuelto a plantar.

Y era un novio casi solo de costumbre porque sus familias los habían empujado a tener una relación desde que comenzaron el colegio. Una maldita costumbre, muy usual entre familias poderosas.

Así que no fue extraño que quisieran emparejar a Fabrizio Francois con Diana Rodríguez, empujándolos a una relación casi eterna, donde ambos jugaban un papel extraño.

Ella como la abeja reina del exclusivo colegio al cual asistían en Buenos Aires, y él como el príncipe del lugar. Por el cual todas suspiraban, pero que evidentemente era inalcanzable. Uno por su compromiso con Diana y otro, por su espantoso carácter.

Pero que de alguna manera calzaba bien con Diana, que con su carácter alegre, parecía hacer como si el asunto le pasara por desapercibido. Ella podía ser descrita como una visión morena de ojos azules, típica herencia de los genes canadienses de su madre, pero claro coloreada con los más oscuros de su padre, que había sido un bonaerense de piel más bronceada, así que justamente este choque entre colores entre sus ojos y su piel la hacía tan llamativa. Claro, aparte de su excelente gusto para vestirse. Pero bueno, con el dinero que tenía la madre, imposible no vestirse con las mejores marcas que el metal podía comprar

Pero Fabrizio era un chico muy frío, de carácter y personalidad muy difíciles, aunque al final había tenido que dar de sí, porque su familia lo presionaba a mantener esa relación con Diana. Físicamente podría describirse

al joven como muy atractivo, con esa ternura que le otorgaba su sangre de herencia italiana junto a su propio atractivo natural. Ojos verdes, cabellos castaños muy claros con un peinado muy a la moda ya que lo llevaba bien liso, aunque no era muy alto, pero compensaba con elegancia y prestancia natural, típica de un chico bien, educado en un barrio alto de Buenos Aires.

Y la base fundamental de la razón de ser de su relación con Diana era porque la familia Rodríguez conformada por madre e hija, dirigían un imperio en el mundo de la moda. Bueno, al menos la madre, pero obviamente se perfilaba que Diana la dirigiera un día. El padre de Diana había muerto mucho antes de que ella naciera así que no contaba

Y la familia de Fabrizio se dedicaba al manejo de las bolsas, con la cual el padre del joven se aseguraba el manejo de las cuentas corporativas del imperio Rodríguez.

Un gran negocio.

No podía negar que Diana era muy bella y sofisticada.

Y que gracias a esa relación forzada, había pasado muchos momentos buenos con ella, porque Diana tenía la facilidad de urdir cualquier plan para sacarlo de apuros cuando precisaba alguna ayuda en el colegio, o cuando necesitaba a alguien que lo escuchara.

Pero Fabrizio sabía que eso no era suficiente.

Y a decir verdad, aunque le pesara a sus padres, ya se estaba cansando.

Totalmente lo contrario de Fabrizio era su primo Alexander Francois, que era compañero de Diana y Diana en el colegio, pero a diferencia de su

pariente Francois, Alex era de alegre naturaleza, lo cual sería una bendición, sino fuera por un temible detalle.

Era un mujeriego consumado.

No había mujeres en Buenos Aires que no hubiesen pasado por sus brazos, y siempre estaba rodeado de las más bellas en las fiestas.

¿Cómo decirle que no a un perfecto dibujo de dientes perfectos, ojos azules, cabello liso negro, casualmente peinado a la misma usanza que su primo de pelo castaño?, aunque era más alto que Fabrizio y así como a éste se le notaban las raíces italianas.

Alex era hijo único también, pero del hermano del padre de Fabrizio.

Aunque con una vital distinción.

El padre de Alex, Pietro Francois, era según la revista Forbes, el undécimo hombre más rico del mundo. No precisaba de andar haciendo alianzas matrimoniales para asegurarse nada. Y pudiendo vivir en cualquier otra ciudad del mundo, prefirió vivir y educar a su hijo en Buenos Aires, donde estaba el centro de sus negocios. Aunque una verdad oculta de Pietro es que no tenía pensado dejar esta ciudad, no por sus negocios, sino porque la madre de Alex, era natural de ese lugar. Aunque si visitaba su Italia de origen por largas temporadas, eso sí se permitía muy a menudo

Pietro había dejado que Alex hiciese lo que le diese la gana, justamente porque él mismo no era mucho ejemplo de pactos de monogamia.

Se había casado varias veces a la par que se había divorciado en todas esas ocasiones. La madre de Alex había muerto cuando este nació, y Pietro tampoco había querido forjar mucha alianza con su hermano Massimo, el padre de Fabrizio.

Así que los primos Francois habían crecido en ese exclusivo mundo de los millonarios de elite de Buenos Aires, sin más relación que aquella que se daban en las numerosas fiestas en la que asistían y aunque Alex era un joven

abierto con su primo, Fabrizio no le había permitido adentrarse mucho más.

Fabrizio no aprobaba el estilo de vida de Alex, aunque en el fondo lo envidiaba.

Esa libertad que tenía, así como la despreocupación.

—! Maldición! — farfullaba Diana, al tiempo que arrojaba sus zapatos al vestidor.

Fabrizio no se había dignado a asistir a la fiesta de beneficencia, dejándola literalmente plantada.

Solo horas después, cuando Diana ya se marchaba del evento , al final del mismo, a bordo de su limusina, fue que recibió un texto de que se había quedado dormido y no había podido ir.

¡Esto había sido humillantemente público!

A pesar de las excusas que había puesto por él, Diana sabía que muchos dedos la señalaron esa noche como:

“La novia plantada” “El vestigio que Fabrizio Francois no deseaba,”

Diana se arrojó a la cama a llorar.

De seguro Fabrizio aparecería al día siguiente con un collar de Massimo a modo de perdón y ella olvidaría ese desdén.

Tenía que hacerlo.

Desde que recordaba había sido novia de Fabrizio.

No le convendría llorar mucho esa noche para que no se le marquen los ojos y todos en el colegio pudieren notar ese detalle.

Seguro el primero en burlarse seria Alex, su amigo y futuro primo cuando se casase con Fabrizio.

Alex había estado en la fiesta, y había pasado gran parte de la misma con Diana, para no dejarla sola, sin acompañante masculino.

Diana agradecía el gesto, aunque estaba casi segura de las segundas intenciones de Alex, que al mostrarse caballeroso, seguro pretendía tirarse a alguna chica del lugar con aquel espectáculo de hidalguía...

Aunque al menos tenía que reconocer que Alex si era sincero consigo mismo y con los demás.

Él no necesitaba ocultar que era un hedonista, sardónico y desalmado.

Esa noche tuvo que contar ovejas para dormir.

Al día siguiente, en el colegio, el comentario general de todos, era la nueva plantada de Fabrizio a Diana.

El chico había preferido no ir ese día al Colegio, porque seguro sería blanco de críticas de las acolitas de Diana, aunque sabía que más tarde tendría que ir a alguna joyería a buscar algo para ella, a modo de disculpa.

Diana estaba sentada en la cafetería con Clarisse y Mara, las otras chicas más populares del instituto y que eran las mejores amigas de la abeja Reina.

Estaban en un tortuoso silencio, porque Mara había descubierto algo, que no sabía cómo contarle a Diana.

Algo que evidentemente le rompería el corazón. Se lo había contado a Clarisse, así que ese era el motivo de tanto silencio en el grupo.

—Vaya...no estamos en un funeral. Como si fuera raro que Fabrizio se quedase dormido y hubiese olvidado nuestra fiesta—quiso romper el hielo Diana, sonriendo como podía

Clarisse y Mara se miraron entre sí.

Quizá debían callarlo un poco más.

Otro de los que también sabían el verdadero motivo del desdén de Fabrizio, era Alex, quien había visto con sus propios ojos lo que su primo había estado haciendo, y que fuera el verdadero causante de su ausencia de la fiesta.

Al terminar la gala, había tomado su limusina, y de paso había cargado a Mara para llevársela a su casa de paso. Fue ahí que lo habían visto.

En una de las cuerdas de un edificio de pent-houses del Barrio Parque, Fabrizio salía presuroso, para entrar a su limusina que lo esperaba allí afuera.

Alex reconoció de inmediato el lugar.

Era el edificio de un pent-house donde vivía Wendy Brenna, una universitaria que Alex conocía muy bien, porque había sido una de sus tantas conquistas de verano, y que justamente había sido él mismo quien se la había presentado a su primo Fabrizio.

Y a decir verdad Fabrizio no tenía nada que hacer allí.

La única explicación es que ahora el muy idiota fuese una de las conquistas de Wendy.

Cosa que pudieron corroborar cuando el portero, gracias a una generosa propina de Alex, reveló que el joven Fabrizio era un visitante asiduo de la señorita Brenna.

Un visitante muy íntimo a juzgar por lo que había visto en el ascensor y en la entrada a la puerta de la referida señorita.

Mara quedó petrificada con la respuesta, pero Alex no.

Él siempre había sospechado que entre Wendy y Fabrizio se había dado

una chispa notoria, como una especie de tensión sexual flotante.

Que evidentemente esos dos ya habían satisfecho.

Por eso Clarisse y Mara se mostraban reacias a contarle a Diana lo que la segunda y Alex habían averiguado la noche anterior.

Diana intentaba disimular normalidad hablando de su próxima fiesta, que sería la más importante de todas.

Porque sería su cumpleaños nro. 17 y la última que pasaría en la preparatoria, lo cual implicaba que todos deberían estar listos para el evento más importante del año.

El cumpleaños de la princesa juvenil de Buenos Aires.

Luego del colegio, Diana y sus amigas salieron rumbo a las tiendas. Por más que aún faltaban unas semanas, tenían muchas cosas que ir viendo y juntando porque la princesa morena tenía el sueño dorado de hacer un cumpleaños estilo realeza, donde bajaría las escaleras del salón más exclusivo de Buenos Aires del brazo de Fabrizio Francois.

¿Qué más podría desear?

Eso sería el sumun de la sofisticación, propia de alguien como ella.

Detrás suyo Mara se llevaría a Robert, otro galán, pero en este caso, universitario.

Esto había sido causa de disgusto con Clarisse, aunque Diana les ordenó que lo superasen.

Clarisse había perdido su virginidad a manos de aquel sujeto y después, éste la había botado, así que por eso andaba como perdida, así que su única opción de acompañante tendría que ser cualquier otro chico que estuviera

dispuesto a salir con una acolita de la abeja Reina del colegio.

La verdad no quedaba muchas opciones buenas.

La otra podría ser Alexander Francois, ese adonis, era un bombón caminante, pero todo el mundo sabía que jamás se prestaría a ser galán de un baile, para nadie, porque eso implicaba poner cierto dejo de monogamia.

Y eso era totalmente contrario a la esencia de Alex.

Diana estaba almorzando en su casa, ya había vuelto del colegio, ya se había cambiado, pero seguían sin haber noticias de Fabrizio.

El único que vino a presentarse a almorzar, como era su costumbre, era Alex, quien fiel a su costumbre se había auto invitado.

En medio de la degustación del postre, fue que Alex, que observaba a Diana con el rabillo del ojo le dijo:

— ¿Y mi primo ya se ha dignado a venir?

—No te burles, Alex

—No me burlo. ¿Aun así todavía pretendes que sea tu acompañante el día de tu cumpleaños?—inquirió Alex

—Claro ¿Por qué habría de cambiar? Fabrizio es mi novio, y el hecho que ayer se haya quedado dormido no cambia nada...—siguió diciendo con una tranquilidad fingida.

Fingida porque Alex ya la había pillado.

Por un instante tuvo un trance de consciencia. Diana debía saber acerca de los movimientos de Fabrizio, pero era mejor si era alguna de sus amigas quien la alertaba.

De alguna manera no le gustaba que alguien se burlara a las espaldas de

Diana. Él más que nadie sabía que ella no tenía quien pudiera alardear que hubiera pasado por alguna mano que le hubiera arrebatado la pureza con la que venían todos al mundo.

— ¿Y tú a quien llevaras, Alex? Supongo que a todas las chicas que puedas ¿no?—rió Diana

—No lo sé. Tu amiga Clarisse es quien más se ha estado pegándome. Aunque ya le di a entender de la manera sutil, que no me gusta tomar algo que fuera de ese idiota de Robert.

—Y Mara pronto caerá— añadió Diana en un suspiro

Alex sonrió de lado y acercándose a Diana, tanto que el aliento de él se pegó a las orejas de ella.

— ¿Y tú *cuando vas a sellar el trato con Fabrizio?*

Diana se puso roja como un tomate y le dio un empujón.

—Uy, ¡eres un asqueroso!

— ¿Crees que no sé qué salen desde el jardín de infantes y también que se siguen portando como desde aquel entonces...—murmuró risueño Alex al volver a tomar asiento

—! Ni lo menciones!— gritó Diana, aunque para ganar algo de suficiencia añadió—. Para que veas que esto va para serio, voy a entregarle mi virtud a Fabrizio la noche de mi cumpleaños.

Alex enarcó una ceja.

—Hagamos esto. Les voy a alquilar un piso completo en el hotel más exclusivo. Voy a ordenar que todo sea perfecto. Ése será mi regalo de cumpleaños.

—O sea, ¿el gran Alexander Francois va a ayudarme a perder mi virginidad de la mejor y elitista manera?

—Bueno, no puedo responder por las capacidades románticas de mi primo...pero yo velaré que el sitio sea el mejor de Buenos Aires—sonrió

Alex.

—Supongo que hasta Alex Francois es capaz de una acción altruista.
Los dos rieron ante lo dicho.

Y sí.

Fabrizio en efecto había sucumbido a los encantos de Wendy Brenna.

¿Y quién no?

Pelirroja, sumamente bella, universitaria, y claro, otra miembro de la elite porteña.

Aunque claro, ella estaba a un nivel diferente, por sus estudios terciarios, así en que ese nivel no podía competir sobre quien era la abeja Reina de la city bonaerense.

Al principio Alex se la había presentado a Fabrizio como una de sus tantas amigas en una fiesta de póker.

Y si bien el castaño sabía que la bella joven se había liado con Alex en algún instante, eso no le importó y no fue impedimento para que ambos sucumbieran entre sí.

El hecho de que podía tener un romance de adultos con ella es lo que más le gustaba.

Eso, y no tener con Wendy, la atadura familiar que implicaba su compromiso con Diana.

Eso pensaba Fabrizio al pasar frente a una joyería, donde sabía que se vendían los collares de Massimo rosados, favoritos de Diana.

Podía comprarlos y excusar su ausencia de la noche anterior.

Pero ese día prefirió pasar de largo.

Si Diana estaba tan empeñada en salir con él, no le importaría no recibir sus habituales Massimo de disculpa.

Cuando Fabrizio llegó al pent-house de la familia Rodríguez, situada en la exclusiva avenida Alvear no encontró a nadie con excepción del fiel mayordomo de Diana, Pedro.

Éste no era tonto, y como había vivido con los Rodríguez desde que Diana era un bebé, estaba más que al tanto de las idas y venidas del novio de la heredera del imperio Rodríguez.

Lo hizo pasar, le trajo té, aunque en su interior pensaba que Fabrizio no se merecía a Diana.

Cuando la joven llegó, cargada de bolsas, se sorprendió un poco de ver al joven en el sitio.

Y más por el tono frío con que la recibió.

Mas cuando aún, él era quien le debía una disculpa todavía.

—Diana, tenemos que hablar.

La morena bajó sus bolsas al suelo, y se acercó.

—Fabrizio...no sé porque tengo un mal presentimiento. Mi madre siempre dice que cuando alguien emplea la frase..."tenemos que hablar" en una oración, algo grave ha pasado....vamos cuéntame... ¿ahora qué ha ocurrido?

—dijo sentándose en el cómodo sofá, al tiempo que Fabrizio no se había movido de su sitio.

—Dejemos la farsa, Diana, y terminemos con esto de una vez.

El castaño siguió sentenciando, pese a ver los ojos de ella a punto de cristalizarse a causa de la incredulidad.

—He venido aquí, porque creo que deberíamos romper.

Solo esta segunda oración dicha pareció por fin hacer efecto en la morena de la eterna sonrisa.

Se quedó semiparalizada por unos segundos, hasta que al fin pudo seguir hablando.

—No puedo creer que rompas conmigo, estando tan cerca mi cumpleaños....

—Diana, no hagas una escena. Lo nuestro no está funcionando ¿no me digas que no te has dado cuenta?

—Yo solo pensé que solo seguías siendo como siempre. Nunca fuiste alguien afectuoso....pero ¿romper?

Fabrizio tuvo un acceso de culpa, más que nada porque el infiel era él.

Pero creía estar haciendo lo correcto.

—Mira, yo aún siento mucho afecto por ti. Nuestras familias siempre serán familia...pero en verdad, Di...déjame ir...yo no creo poder seguir siendo el novio que crees que necesitas.

— ¿! Y me lo dices en casi dos años?!—farfulló la morena parándose, caminando en círculos por el salón.

Fabrizio hubiese querido responderle con algo de rudeza, pero se contuvo, porque se suponía que no quería hacer del rompimiento algo traumático.

Así que se levantó del sofá y se acercó a la muchacha., que estaba de espaldas a él, con los brazos cruzados.

Hubiere querido tocarle el hombro, pero la voz firme de Diana resonó en el salón.

—Fabrizio Ludovico Francois...ya sabes dónde está la puerta.

El chico suspiró.

Tendría que esperar un tiempo hasta que a Diana se le pasase la bronca, pero estaba seguro que en honor a su vieja amistad hasta lo terminaría

invitando a su cumpleaños.

El verdadero reto que tenía ahora era enfrentarse a su padre Massimo y contarle que había decidido romper con Diana Rodríguez.

Menos mal su madre había viajado a Europa, a Diana no le gustaba preocuparla. Después de todo, solo se tenían una a la otra.

Tampoco quería llamar a Clarisse o a Mara.

Clarisse, desde su mala experiencia con Robert, no era buena compañía y Mara, a pasos de cometer el mismo error que ella, tampoco se le figuraba como buena compañía.

¿Quién sobraba?

Claro, que fuera de su misma elite, y que la conociera lo suficiente.

Y que además de eso, podría darle un espacio para olvidar esa mala experiencia con Fabrizio.

Le marcó a Alexander Francois.

Él siempre tenía la llave o las coordenadas de alguna fabulosa fiesta.

Una bien digna, donde pudiese asistir una princesa de elite como ella.

Cuando lo hizo, una voz sensual la atendió.

—Diana ¿a qué debo el honor?

—Alex. Necesito ir esta noche a una fiesta, pero no a cualquiera. Tiene que ser “*la fiesta*”, ¿me has entendido?

Oyó resonar la risa de Alex del otro lado.

—Nena, esa es mi especialidad...

—¿Por todos los cielos, Alexander Santino Francois ¿Qué lugar es este?— dijo una pasmada Diana al tiempo que paseaba su mirada al sitio, donde la limusina que Alex le había mandado a la hora acordada, la había traído.

Lo que si estaba en el centro mismo, en la urbe del centro bonaerense.

Alex, quien reía libremente, apuntó:

—Diana Antonella Rodríguez, ¿Qué no ves? , es un antro de burlesque. Un sitio donde europeo residente en Buenos Aires, puede olvidar por un segundo que esta tan lejos de casa ¿Qué te parece la idea?

—Alex ¿no me digas que este lugar es tuyo? pensé que bromeabas...

—No, querida Diana. No es una broma, vamos...pasa adentro. Es como estar dentro de una película americana de los años 20...aunque claro...a mi estilo.

Diana se dejó llevar, sorprendida por el sitio, decorada con un estilo antiguo que recordaba a los antiguos cabarets europeos, aunque algo revitalizado con influencia norteamericana, donde hermosas damas, vestidas como tal, daban un show de burlesque.

— ¿En verdad, Alex, tu padre aceptó invertir en esto, porque cree en ti o porque es una excusa perfecta para ti, para que estés cerca del alcohol y las mujeres?—bromeó Diana al tiempo que tomaba un coctel de fresa, su favorito, que un mesero le había traído.

—Bueno, no niego que es una excusa perfecta de mezclar negocios y placer...

—Sigues siendo el mismo hedonista egocéntrico, de siempre—al tiempo que se sentaba en el enorme sofá frente al escenario, para disfrutar del show de burlesque.

Los ojos azules de Diana quedaron totalmente absortos en los

movimientos sensuales de esas bailarinas.

— ¿Crees que si yo hubiera sido como una de ellas, Fabrizio no me hubiera dejado?—preguntó de repente, sin apartar la mirada del escenario.

Alex la miró.

—Fabrizio es un idiota, y tú siempre has dicho que soy un hijo de puta egocéntrico, pero no mi querida Diana, Fabrizio es el campeón en esa área...

— ¿Crees que él rompió conmigo porque no soy como una mujer, como la del escenario?

Alex tragó de repente el vodka de su vaso.

Nunca había imaginado a Diana vestida sensual, y bailando provocativamente sobre un escenario.

Eso era algo totalmente fuera de órbita.

Diana era un gen de pureza y castidad.

Alex nunca había imaginado a la morena de esa forma, y la sola ligera mención, no entendía la razón, pero le producía escalofríos.

—Como dije, Fabrizio es un idiota. No le pidas mayores explicaciones. Tú eres caviar, Di. Lo único que Fabrizio podrá encontrar ahora son sardinas...

—balbuceó Alex, un poco cerca de su oído, solo para que ella lo oyera, y no el gentío.

La muchacha sonrió. Esas palabras le habían provocado un subidón.

— ¿Sabes, Alex?, conozco algunos de estos movimientos, y quiero hacerlas ¿me dejarías subir al escenario?—sin apartar su mirada sobre aquellas mujeres que bailaban sobre él.

Lo dijo como si se le hubiese caído una iluminación.

—No creo que seas capaz de subir y hacer lo mismo—la desafió Alex al tiempo que vaciaba otra copa de whisky.

— ¿Estas insinuando que no podría hacer lo mismo que ellas?

—Es lo que he dicho

Diana se levantó, y le dedicó una mirada desafiante, como si con esto le estuviera diciendo que ella si era capaz y que no la subestimara.

Alex no tuvo más opción que hacerle una seña para que hiciesen espacio para la improvisada bailarina.

Fueron unos diez minutos exactos , que Alex quien seguía sentado en el enorme sofá bebiendo, no pudo apartar la mirada ante la beldad morena que había subido al escenario, desplegando una sensualidad, recién descubierta por él.

Y tanto que creía conocer a Diana.

Pero no.

La hermosa mujer que se movía, suavemente y estrepitosamente sibarita, con unos pasos, desconocidos para Alex.

Dejó el vaso sobre la mesilla y se levantó totalmente embobado para observarla, casi como poseso.

Y Diana, inconsciente de su inmenso foco de sensualidad, simplemente seguía moviéndose como si nada.

Ella había visto esos pasos de burlesque en unos programas en la televisión....y los estaba haciendo jodidamente bien.

Y había ocurrido lo que jamás había creído Alex que pasaría.

Había empezado a vislumbrar una mirada hacia Diana como nunca pensó que tendría.

Era como si una luz apuntara solamente sobre ella.

El viaje de regreso en la limusina de Alex, fue bastante raro.

Diana no había bebido, pero la tremenda adrenalina que había descargado en ese improvisado show le había suscitado que estuviera incontrolablemente risueña y feliz.

A diferencia de Alex, que simplemente bebía su vaso de champaña, algo callado. Muy diferente de lo que solía estar.

Aunque observaba con el rabillo del ojo a Diana, quien seguía moviendo sus brazos en el asiento, con los ojos cerrados y como si estuviera aun emulando ese baile grácil y erótico.

Finalmente subió al edificio donde vivía Diana, para dejarla en la entrada de su exclusivo pent-house. Seguramente su madre aún no había vuelto de Europa, pero seguro que el vigilante Pedro estaría por allí.

En eso también erró Alex, porque como ya era de madrugada, el fiel sirviente de Diana ya había ido a dormir.

—Vamos, entra Alex—volvió a estirarle el brazo—. Come algo

—No tengo hambre Diana— aunque en su dejo de voz podía notarse lo ligeramente nervioso que se encontraba por el toque de la morena.

¿Qué demonios estaba pasando con él?

Diana lo miró a su vez, posando esos hermosos ojos azules en los zafiros cobalto de Alex.

Y fue así, que sin que quedara nada en claro, y sin comprender como pasó, o quien inició todo, de repente Diana tenía pegado sus labios a los de Alex, en un cruce vigoroso de lenguas, munidos de un deseo que había nacido en medio de un frenesí casi salvaje.

La mente de Alex le gritaba que debía parar, pero sus manos no querían hacerle caso, al tener entre sus brazos a esa diosa.

Por más que su mente le advirtiera que Diana no era como las demás mujeres.

Entonces, al fin pudo soltarse de ese beso que conducía a la locura, para preguntar con un dejo de voz excitado.

— ¿Estas segura?, no habrá vuelta atrás, Diana...

Ella volvió a besarlo por toda respuesta al tiempo que sobre sus labios le murmuraba.

—Sí, *estoy segura...*

ACTO 2

Diana se sacudió como tres veces la cabeza en el desayuno. Apenas y podía sorber el tazón de yogurt con frutas, y mucho menos los cereales integrales. Solo su fiel mayordomo Pedro que estaba parado detrás suyo, atento a los antojos de su ama, sabía exactamente el motivo del extraño comportamiento matutino de la heredera de los Rodríguez.

Y estaba casi seguro que la culpa la había tenido ese joven que había salido de madrugada, de la habitación de la señorita, presuroso, con su camisa sastre arrugada, y con una chaqueta en la mano, y más aún, cuando, fue a averiguar con el portero, que en efecto el joven que había salido era Alex Francois, porque su limusina había estado afuera, todo el tiempo esperándolo, el mismo donde habían llegado Diana y Alex, horas antes.

Y estaba seguro que esos dos, no habían estado en algún juego pernicioso típico de dos colegiales de clase alta.

Por la hora inadecuada y también por la actitud de Diana, que hoy parecía como tres veces más nerviosa de lo normal.

—! Por dios, Pedro!, ¿Qué haces parodote ahí?, ya voy de salida, ve afuera y asegúrate que el coche ya me esté esperando—gritó Diana

—El auto lleva esperándola exactamente 45 minutos. De hecho, ya se le ha hecho tardísimo, señorita Diana—contestó Pedro sin perder la parsimonia.

Diana sorbió un trago de zumo naranja, tomó su bolso Prada que usaba para el colegio y salió corriendo al ascensor.

Cuando ya no tuvo a la vista a Pedro, se dio unos ligeros golpeteos en la mejilla. No importa lo que había ocurrido, nada debía cambiar. Ella seguía siendo Diana Antonella Rodríguez, la princesa juvenil, el icono teen de Buenos Aires, y nada de lo que hubiese hecho en una noche de locura podría cambiar eso.

Pero los recuerdos, los estúpidos y malditos recuerdos le agolparon la mente...

Y eso no podría deshacerlo, aunque esa misma tarde hiciera una cita con el mejor psicoanalista.

¡Se había acostado con Alex Francois!, ¡había entregado esa virginidad que resguardaba para darla al único hombre que recordaba como futuro esposo y padre de unos perfectos hijos nacidos en el más perfecto y elitista matrimonio con Fabrizio Francois!

La joven se llevó una mano a la cara. No importaba que se hubiese echado encima medio frasco de su perfume de Chanel, nada sería suficiente para borrar esa sensación de un aroma diferente en su cuerpo.

Ella olía a Alex Francois. A ese maldito aroma de madera de su Ferragamo, y no sólo su perfume, sino a ¡él mismo!

Sus ojos azules se perdieron por un instante en una memoria reciente, deliciosa pero que jamás debió haber pasado....pero sin embargo ahí estaba.

Pocos segundos después de ese beso pasional en el recibidor, Diana se había entregado por completo a esas poderosas e irresistibles sensaciones que el toque de las manos de Alex le producían por todo el cuerpo, tan sensual y desconocido, que creía que explotaría allí mismo.

En menos de cinco segundos, ya habían subido a la habitación de Diana, sin soltar ese beso nunca, y tampoco la morena pretendió parar cuando sintió que la recostaba en su enorme cama de princesa, desvestiéndola muy despacio....tan despacio que Diana creyó desesperar, porque el mero sentir de los dedos de Alex le daba a sus terminaciones nerviosas un tic eléctrico que casi la hace gritar.

Nunca antes había estado desnuda ante un hombre, pero esto tampoco la cohibía, quizá estaba cometiendo una locura, pero ella seguía siendo Diana Rodríguez, una de la muchachas más bellas de Buenos Aires, y eso lo

corroboró, porque los ojos cobalto de Alex se habían quedado quietos por casi cinco segundos, observando ese precioso cuerpo intacto, antes de besarlo.

Besó ese cuello marfileño, saboreó esos hombros blancos, y se hundió en esos perfectos senos, redondos y exquisitos para el tacto del joven.

Paseó su mano por sobre ese vientre plano y tembloroso, y aunque ella, pegó un respingo cuando notó unos dedos traviosos queriendo explorar por debajo de su ombligo, simplemente lo dejó. Era parte del juego, y ese suave gemido de Alex en el oído, donde le pedía que se dejara llevar, pues era algo contra la cual se veía desarmada.

No podía seguir negándose a ese desconocido y tortuoso placer de sentir esos dedos rápidos y vibrantes.

Diana sabía que Alex la estaba preparando, y en verdad que se estaba tomando su tiempo y paciencia.

Como sea ese tortuoso juego previo pareció funcionar, porque cuando finalmente Alex la poseyó, sintió una molestia y cierto incomodo, pero que pudo pasar con gran rapidez, por el efecto de esas caricias.

Y ver su sonrisa de autosuficiencia, cuando estaba sobre ella, tomándola, poseyéndola, tocándola.....fue como un segundo cielo para Diana.

—! Señorita Rodríguez!, ¿me oye? Ya hemos llegado— solo la espantosa voz del chofer, la hizo despertar de ese sueño letargoso

Por lo visto ya llevaba tiempo llamándola, y Diana no le había hecho el menor caso, por estar enfrascada en su hazaña erótica de la noche anterior.

Sus mejillas se tiñeron de rojo de la vergüenza, y bajó veloz del auto.

Le esperaba un día de colegio, y rogaba a los dioses no cruzarse con Alex Francois ese día. ¿Con que cara se mirarían?, ella llevaba horas de romper con Fabrizio y ya se estaba acostando con otro ¿cómo la hacía quedar eso?

Menos mal había llegado tarde, y no le tocó entrar a la primera clase, porque fingió estar con una alergia, cuando en realidad sus ojos no dejaban de posarse por todas partes. No quería ver a Alex. Y por ser el caso, mucho menos a Fabrizio.

Menos mal en el receso pudo encontrarse con sus acolitas Mara y Clarisse, ambas llorosas y con más problemas que la propia Diana.

Ambas estaban en disputa por culpa de Robert, el universitario que había seducido a Clarisse en el pasado, y que ahora andaba en las mismas con Mara. La morena les había advertido que dejasen de lado la disputa, porque pronto sería su cumpleaños y no quería problemas ridículos revoloteando su perfecto universo, pero al parecer había resurgido con fuerza esa mañana.

Diana casi agradeció al cielo que eso hubiese ocurrido. Esa estúpida situación le mantendría la mente ocupada.

Pero Diana no contaba con cierta cosa.

Mientras las muchachas iban a buscar café, ella fue a su casillero a buscar esos libros de francés que tendrían para la segunda clase.

El único detalle, es que apenas cerró la puerta de su casilla, unos enormes ojos azules y una sonrisa sardónica la esperaba recostado en el casillero de alado.

Diana casi estalla de rojo allí mismo.

— ¿Cómo estas, Rodríguez?

— ¿Qué rayos haces, aquí, Alex...?

El muchacho hizo un gesto con sus hombros.

—Aquí estudio, Rodríguez ¿o ya lo habías olvidado?—para después acercarse peligrosamente al oído de Diana, haciendo que su aliento *caliente y mentolado* hiciera que la piel de la morena se erizara—. ¿O no me digas que romper tu bastón de castidad hizo que te olvidaras algunas cosas—en un susurro que Diana no tuvo más opción que empujarlo.

—Largo, Alex, este es territorio mío—musitó la jovencita al tiempo que corría tanto como sus tacones se lo permitían.

Alex la observó marcharse, aunque luego de unos segundos la vio regresar sobre sus pasos, le agarró un brazo y lo llevó hacia una de las puertas de conserjería.

—Sé que eres impetuosa y pasional—le guiñó Alex—. Pero no creo que hacerlo en la escuela sea lo correcto. Además que aquí no hay un sitio adecuado, ya sabes...*todavía te va a doler un poco*—agregó con una sonrisilla

—! Idiota, desalmado!, ni se te ocurra abrir la bocota de lo ocurrido, o personalmente me encargaré de caparte—le sermoneó Diana con la voz más baja que pudo

—Ya me gustaría ver eso—la desafió Alex

—Y por cierto...estas oficialmente “des invitado” a mi fiesta de cumpleaños—le mencionó por último la jovencita, al tiempo que salía para afuera, dando un ligero portazo

—Eso lo veremos, Rodríguez...—respondió Alex, aunque Diana ya no pudo oírlo.

En donde si había tenido suerte la morena es en no toparse con Fabrizio. El muchacho apenas terminó las clases, pidió que lo vinieran a buscar. Tampoco tenía muchas intenciones de toparse con Diana, y además que había fijado encontrarse con su padre, en el almuerzo, así que tenía que ser puntual porque Massimo odiaba los retrasos.

Y menos mal cumplió porque su padre ya había llegado al elegante restaurant donde fijaron encontrarse.

—Espero no estés metido en algún problema, Fabrizio—le dijo su padre apenas lo vio sentarse

—A mí también me alegra verte, padre— mencionó sarcástico el muchacho

Y eso que vivían en la misma casa, pero casi no se veían.

Ya iban por el segundo plato, cuando Fabrizio cobró valor para hablar.

—Rompí con Diana anoche.

A Massimo se le cayó el tenedor sobre su plato, produciendo un leve disturbio, porque ocasionó que muchas miradas se posaran sobre ellos.

El hombre respiró profundo, pareció hacerse a una idea, y luego volviendo a cortar su filete, y sin mirar a su hijo, añadió:

—Su fiesta de cumpleaños es el sábado de la siguiente semana, sugiero que le compres algo bonito. Ya sabes cómo son estas Rodríguez, de seguro ya habrá hecho su lista de regalos en una joyería.

— ¿No me estás oyendo, padre?, no creo que Diana pueda verme, no iré a su fiesta de cumpleaños. De hecho, hoy hice lo posible por evitarla, porque la conozco, y de seguro va a perseguirme. No quiero eso—refunfuñó el joven

—Tu sabes que yo haría lo que fuera por nuestra familia. *¿Acaso tu no harías lo mismo?*—siguió presionando su padre. Aunque siempre en voz baja

—No me gusta la idea de mantener esto, porque te interesa que la madre

de Diana mantenga sus contratos con tu firma de bolsa de valores—volvió a desafiarlo Fabrizio

La verdad que su padre tuvo que contenerse mucho. Él era un hombre muy calmado y racional, y evidentemente Fabrizio no había heredado nada de él. Con excepción del color de cabello, pero después era idéntico a su madre, la difunta señora Francois, en carácter, impulsividad y tontera.

Por un momento Massimo olvidó que tenía que seguir reprendiendo a su hijo, *le recordaba demasiado a su madre*. Y ése era uno de los malditos puntos débiles de Massimo Francois.

Siguió cortando el filete.

—Encarga un buen traje. Sugiero un sastre de Armani blanco. Para que lo uses cuando seas el acompañante de Diana en su fiesta de cumpleaños. *Y no voy a discutirlo más*.

Fabrizio resopló intranquilo. Esto iba a ser más difícil de lo pensado.

Alex las había llamado.

Así que Clarisse y Mara no pudieron negarse, porque les dijo que era una emergencia.

Se encontraron en la limusina del joven, que estaba estacionada cerca del colegio.

— ¿Y bien? ¿Ya hablaron con Diana acerca de Fabrizio?, eso que descubrimos que esta de andadas con Wendy.

—No nos pareció correcto—murmuró Mara

—Hoy se confirmó que ellos cortaron—agregó Clarisse, al tiempo que se sonrojaba un poco. Alex era un chico demasiado guapo. Si no estuviera hasta

las patas por Robert, ya se le hubiese ofrecido

—No interesa, tienen que decírselo ¿acaso no son sus amigas?—insistió Alex

Mara, que era un poco más astuta que Clarisse, añadió:

— ¿Desde cuándo te interesa eso, Alex?, a ti nunca te importa lo que le pase al mundo mientras no te incumba...

Eso era cierto, aunque en su mente, algo le decía a Alex...*que probablemente si le importaba.*

Era hora de jugar con otras cartas.

—Si no lo hacen...le diré a Robert Verón que no vuelva a salir con ninguna de las dos—les señaló con una mirada suspicaz

—! Idiota! ¿Cómo sabes eso?—gritaron ambas casi al unísono

—Por favor, Robert le cuenta sus intimidades a todo el mundo— al tiempo que se acomodaba el cabello—. Tiene como pasatiempo arrebatarse virginidades a muchachas insensatas— y luego reacomodándose les advirtió—. Como sea, asegúrense de que Diana sepa de la aventurilla de Fabrizio. La están convirtiendo en un hazmerreir.

Las jovencitas asintieron con ofensa, bajando raudamente de la limusina de Alex.

Apenas las perdió de vista, el joven tocó un botón al chofer de que reanudara la marcha.

Habitualmente estas cosas no le importaban, en eso, hasta esas dos tontas tenían razón, pero ahora, por algún motivo que casi no lo dejaba pensar de forma lógica, no podía sacarse de la mente las imágenes de Diana de la noche anterior.

Sus ojos brillantes, su boca rosada temblorosa, el sonido de sus gemidos...

Y de alguna manera, se sentía afectado. Eso no era normal en él. Aunque

se excusaba en el hecho de que Diana era amiga suya también.

Eso quería darse a entender, aunque muy en lo profundo....*como que quería evitar que Fabrizio pretendiese retomar lo que había deshecho.*

Aunque eso no se lo admitía ni a sí mismo.

Esa semana fue bastante particular, porque dentro del prestigioso colegio, había tres personas que hacían hasta lo posible para no encontrarse.

Fabrizio, que no quería ver a Diana. Aunque si le había extrañado que no les hubiera escrito o twitteado alguna vez, pero era allí, cuando más miedo debía tener de ella, quien sabe que podría estar planeando. Por eso la evadía.

Diana, en su afán de evadir la tremenda vergüenza que todavía le provocaba ver los ojos rufianes de Alex, prácticamente llegaba al colegio, terminaba las clases y se marchaba de manera rauda.

En el colegio, todos cuchicheaban que la abeja reina del colegio lo que hacía era evitar a Fabrizio, el chico que la había plantado a días de su gran cumpleaños. Obviamente todos se guardaron de burlarse.

Una burla o alusión y eso les costaría la más preciada invitación de la temporada: el cumpleaños nro. 17 de Diana.

Justamente, la morena, en una de sus nuevas misiones de ocultarse de Alex, buscaba lugares donde no lo podría encontrar, como por ejemplo la biblioteca.

Estaba checando su libro de invitaciones, sentada en una de las mesas, cuando alguien vino a sentarse a su lado, asustándola de muerte.

—Y dime.... ¿ya tienes galán para tu fiesta?

Por supuesto que podía reconocer donde fuere....esa voz y esas notas

amaderadas de Ferragamo eran el sello inconfundible de que Alex Francois y su sonrisilla de autosuficiencia, habían hecho acto de presencia.

—Piérdete, Alex...

—Vamos....Fabrizio ya te botó, ¿no me digas que piensas bajar sola la escalera de ese salón tan sofisticado? Allí enfrente de toda la alta sociedad. Eso no suena como tú, Diana...

— ¿Ya te había comentado que te odio?

—Bueno—mencionó el joven, tocándose el mentón de forma juguetona—. A juzgar por lo de la otra noche, no debes de odiarme demasiado....el odio no inspira esos *arrebatos post fiesta de burlesque*— acercándose peligrosamente al oído de Diana

Alex pudo percibir su ligero temblor y su sonrojo; por ese instante, casi mínimo, los cientos de recuerdos de esa noche reciente la hicieron tambalear, pero luego recordó con quien estaba.

¡Por dios!, el mayor casanova y sinvergüenza de la ciudad. Que se tiraba a todas las mujeres que cayeran en sus odiosas manos.

Apartó las manos del joven.

—Ya dime lo que quieres, y luego te largas.

—Una noche, Diana. *Una más...* y te dejo en paz.

La morena se volteó con indignación y ya iba a darle una cachetada, pero se contuvo porque ella no era de dar espectáculos públicos en una biblioteca.

—Te dije que eso fue un error. Nunca más vuelvas a hablarme de eso en tu vida. Tú no cambiaras nunca, Alex. Simplemente déjame en paz. No va a volver a pasar—mencionó la muchacha levantándose del sillón, tomando su libro de invitaciones y marchándose del lugar.

Dejando a Alex, solo y sin palabras.

Extraño, por donde se lo mire.

Y aunque no le gustaba admitirlo, Fabrizio, a pesar del affaire que andaba teniendo con Wendy o la presión de su padre, muy en el fondo, guardaba cierto orgullo de que Diana lo buscara o hiciera preguntar por él. Pero nada.

Según lo que pudo ver o averiguar, la joven estaba como siempre, ocupada con los detalles de su fiesta, y en el colegio, solo se quedaba lo necesario. Al principio pensó que era por él, pero luego ciertas pistas, lo llevaron a pensar otras cosas.

Nunca la pillaba mirando hacia la zona de los varones, o tampoco en el área de deportes.

Tampoco percibía a ninguna de sus espías, merodeándolo. Eso era raro.

Y lo peor es que su propia maldita habitación estaba minada de recuerdos de la morena, esa parlanchina persona que pensaba no iba a extrañar jamás.

Ella siempre le regalaba cosas, y nunca olvidaba que su café favorito era de triple crema sin azúcar, bien caliente. Veía sus camisas colgadas y recordaba que la mayoría habían sido elegidas por el excelente gusto de Diana.

Tal vez era su excesivo tiempo libre, o las semanas que llevaba separado e incomunicado de Diana, pero tenía que admitirse algo horrible.

La estaba extrañando...

No sabía si era el efecto de los recuerdos, o solo la tremenda curiosidad que le daba ese nuevo aire enigmático de Diana.

La verdad, la única causa de tanto secretismo y rareza por parte de Diana, es que no había tenido tiempo de pensar en el rompimiento con su novio perfecto, porque estaba ocupada intentando evadir a Alex y por sobre, a todos los recuerdos de esa vergonzosa noche.

Y más aún, ahora, luego de la descarada nueva proposición de Alex.

Pero eso, Fabrizio no podía saberlo.

Tenía que averiguar que ocurría. No podía ir junto a las amigas tontas de Diana.

La otra opción que le quedaba era su primo, después de todo, era muy amigo de su ex novia. Lo llamaría para fijar una cita de tragos e intercambio de información. Mejor si era en algún bar, no quería ir al pent-house de Alex y correr el peligro de cruzarse con su tío Pietro. De alguna manera le pesaba un poco verlo, porque en el fondo le hubiese gustado que su propio padre fuera como él.

Esa noche, suspendió su cita con Wendy. Iba a verse con Alex.

Esa noche, Alex y su padre estaban bebiendo uno tragos en su sala. Extrañamente Pietro Francois no había salido, y más extraño aun, Alex también estaba.

Parecía un día milagroso a juzgar por todo los acontecimientos.

Pietro miraba unas carpetas, y luego los bajó en la mesa, con cierta sonrisa de satisfacción.

—Estuve viendo los números de ese bar de burlesque que abriste. Estoy sorprendido. Y es cierto que llegué a pensar que solo era una excusa para el alcohol y las mujeres a toda hora.

—Tampoco te alejas tanto de la realidad, padre—sonrió Alex

Solo cuando Pietro iba a servirse otro trago, fue que su hijo volvió a añadir algo extraño, hasta para él.

—Tengo una pregunta que hacerte, padre.

—Adelante

Alex titubeó un poco pero al fin habló.

— ¿Cómo hiciste que todas esas mujeres que se casaron contigo...*se quedaran?*

Pietro casi se atragantó con semejante pregunta. Jamás en toda su vida habían hablado de un asunto tal con su hijo.

—Una de dos, hijo. *Mi dinero o el hecho de que acostumbro a tratarlas bien.* ¿Te has fijado que luego del divorcio, me sigo llevando bien con todas?
—rió el mayor

—Oh, sí que me he fijado. Hasta vi que algunas regresan a hurtadillas por algunas noches—rió el joven, bajando su vaso en la mesilla

Aunque Alex sabía que el único verdadero amor de su padre, había sido su madre. Aunque eso, no era lo que quería saber. Necesitaba saber cómo es que un hombre como Pietro Francois, con su historial de conquistas innumerables podía granjearse el amor legítimo de muchas mujeres.

A Pietro no le pasó por desapercibido ese detalle.

— ¿Y se puede saber porque tú me preguntas eso...*y justamente tu...?*

Su padre lo había leído al instante, y Alex no supo que responder.

—Quizá haya una chica...*pero creo que traería problemas*—atinó a responder el menor

—Mph...¿Alguien con problemas?, *eso suena como ideal para ti*— bufó su padre, al tiempo que sorbía un trago.

Alex solo sonrió, y al ver la hora, se levantó.

—Me gustaría seguir teniendo una de nuestras interesantes charlas extraterrestres de padre e hijo, pero tengo una cita con Fabrizio. A ver si ese idiota en que se ha metido— al tiempo que se colocaba su chaqueta

—Dile que le envío saludos a su padre. También que si no puede seguir manejando su empresa de bolsa de valores, yo me ofrezco a comprársela. Tal

vez así le enseñe como hacer negocios—rió el hombre de cabello castaño, de manera maquiavélica

Entre ambos hermanos siempre hubo mucha rivalidad, porque Pietro sin duda, había sido mucho más exitoso que Massimo.

El bar Regis del hotel Empire era uno de los elitistas y lujosos del centro de Buenos Aires. Ideal para una ronda de tragos entre jóvenes adinerados y de la alta sociedad que podían beber tranquilos allí, sin ser juzgados por su edad.

Cuando Alex llegó, Fabrizio ya había llegado.

—Más te vale que lo que te traigas sea interesante—bufó el de cabellos negros

—Cállate, ya me siento un idiota por preguntarte algo a ti—respondió malhumorado Fabrizio

—Que seas idiota es un mérito completamente tuyo

Alex sonrió y tomó asiento a su lado. Pidió el mismo trago que su primo. Lo notaba ligeramente nervioso.

— ¿Sigues hablando mucho con Diana?—preguntó de solapo el castaño

Alex, al inicio, se asustó un poco ante esa pregunta.

—Sí, seguimos siendo amigos—respondió Alex

—Entonces, sabes que cortamos...pero necesito saber algo ¿sabes si ella está viendo a alguien?

— ¿Por qué preguntas eso?— musitó Alex, aunque si Fabrizio lo hubiese mirado a los ojos en ese instante, hubiese sido capaz de notar el dejo de nerviosismo

—Yo la dejé. Pero suponía que me perseguiría como siempre. Pero sin embargo no lo ha hecho. Nada. Siquiera me ha escrito uno de esos mensajes melosos de antes. Y cuando la veo por allí...es como si fuera que esta diferente...*luce distinta...no sé*...—quiso decir el ex novio de Diana

Alex lo veía con el rabillo del ojo.

¿Acaso el muy estúpido e infiel, planeaba regresar con Diana? Típico, Se dan cuenta de lo que tienen apenas lo pierden.

De alguna manera, eso le molestó.

— ¿No crees que quizá haya descubierto tu jueguito con Wendy?—lo desafió Alex y ante la mirada interrogante del castaño, bajó su vaso para añadir—. Por favor, media ciudad sabe que vas a verla.

—Quizá por eso no me habla...

—Es probable. Así que mejor ni te acerques a ella. Déjala disfrutar de su fiesta, sin los dolores de cabeza que siempre le has traído—mencionó con fingida despreocupación el pelinegro

Fabrizio pareció pensarlo unos segundos.

—*Dolores de cabeza*— repitió Fabrizio, al tiempo que se levantaba de su sillón y dejaba unos billetes sobre la mesa—. Gracias, primo...nunca pensé que una charla contigo me serviría tanto. Bueno, ahí nos vemos. Tengo que irme.

Y así nomás salió raudamente del bar, dejando solo a Alex, sumamente confundido e intrigado por sobre todas las cosas. ¿Qué idea se le habría venido a la cabeza del imbécil de su primo?

Esa mañana, víspera del fastuoso cumpleaños, Diana estaba en los

escalones de la entrada del colegio, marcando un par de cosas en su libro de fiesta. Clarisse y Mara estaban ocupadas en otro sitio repartiendo invitaciones.

Era el sitio perfecto. Estaba sola.

Los ojos azules de Alex brillaron ante la perspectiva.

Palpó su bolsillo. Había hecho buscar de Paris un famoso collar de diamantes rosados, casi imposible de hallar, pero bueno, eso no había sido nada, para el heredero de uno de los hombres más ricos del mundo. Había mandado un avión privado solo para hacerlo traer. Desde aquella noche, su única obsesión había sido Diana. *Tenía que volver a tenerla.*

Sí que la había tenido, pero solo una vez, y él quería...necesitaba volver a tener esa experiencia.

Esos gemidos de dolor que ella dio al comienzo de esos primeros movimientos de su cadera, cuando con muchísima dificultad se abría paso ante aquel néctar intacto en flor.

Diana tal vez olía a Chanel todo el tiempo, pero su aroma natural era mucho mejor. Dulce, y delicioso. Y sentirla temblar entre sus brazos, en medio de ese dolor inicial de su proceso de convertirse en una mujer.

Y luego sentir como se relajaba, y que ella misma lo abrazase por la espalda, apretando ese contacto, arañándole, aumentaba su excitación, que hizo que incrementara gradualmente sus embestidas a ese cuerpo hermoso.

Porque Diana era hermosa y frágil.

Pero sin duda, lo que había por acabar de volverlo loco fueron los otros gemidos, pero ya no de dolor....sino de placer que pudo arrancarle.

No pudo ni por un instante dejar de tocar esa cintura, sopesar esos senos con delicadeza o acariciar ese vientre delicioso.....en verdad, había sido la experiencia más diferente que recordase.

Finalmente pareció volver a la realidad.

Volvió a posar su mirada en Diana, que seguía embebida escribiendo en su libro de notas.

Alex sonrió con una de sus típicas sonrisillas.

Pero cuando iba a dar un pie y plantarse frente a Diana, algo lo hizo detenerse.

O más bien alguien.

Fabrizio había aparecido frente a Diana y le estaba hablando.

Alex se ocultó como pudo, aunque no podía oír ni media palabra de lo que él le estaba diciendo, pero por lo que intuía por los rasgos de expresión de Diana, Fabrizio le estaba dando una sorpresa.

Se quedó allí espiándolos, hasta que vio algo que no pudo creer.

Fabrizio le pasaba una mano a Diana, invitándola a levantarse. Ella parecía parpadear confusa, aunque al final le correspondió.

Luego salieron juntos, y en ningún momento, Fabrizio la soltó.

Todo eso ante los ojos incrédulos y extrañados de Alex que volvió a guardar en el bolsillo la caja de joyería Harry Winston que había traído con él.

Se quedó varios minutos, recostado por la pared. Confuso. ¿Qué demonios había hecho Fabrizio?

¿Qué podría haberle dicho?

Al rato, oyó un tono de su Smartphone, y cuando lo revisó...sus ojos se abrieron como platos de la sorpresa.

Era un mensaje de Mara.

“Ya puedes esperar que vuelen cerdos. Diana acaba de escribirme diciéndome que Fabrizio fue a pedirle perdón y que la extrañaba. Creo que ese asunto de Wendy ya no deberíamos contarle. Fabrizio será el acompañante perfecto para su cumpleaños. Ya no le arruinemos nada”

No pudo responder ese texto.

El celular se le cayó de las manos.

Menos mal no había cerca nadie que pudiera ver el estado en la cual se encontraba el gran Alex Francois.

O de lo contrario todos sabrían, que acababa de perder algo que nadie sabía que tenía.

Un corazón...

ACTO 3

¿Qué había hecho Fabrizio para que Diana cayese tan rápido, o al menos pareciese aceptar?

Es que no dejaba de darse cuenta de que los ojos de ese desvergonzado de Alex no dejaban de posarse en ella, y se enfurecía más aun cuando pensaba en su atrevida proposición para dejarla en paz.

“Solo una noche más, Diana...”

Quizá Fabrizio la había botado pero había vuelto y hecho algo que nunca lo había creído en él: le pidió disculpas.

Bueno eso, y también porque se había percatado con el rabillo del ojo de que el idiota de Alex Francois la estaba observando como acechándola desde la oscuridad.

Quizá parecía distraída con su libro de anotaciones, pero sí que había sentido su presencia, era muy difícil obviar el perfume de ese muchacho.

Así que atinó a aceptar las disculpas supuestas de Fabrizio y largarse a todo dar del sitio con él, sabiendo perfectamente que Alex la observaba.

Así que se colgó del brazo del joven de cabellos castaño, para escapar de inmediato de allí.

Diana y Fabrizio parecieron retomar esa relación que habían dejado a ojos vista. Podía verse en las actualizaciones de sus estados de Facebook y whatsapp, por las fotos, que el noviazgo dorado teen de Buenos Aires había regresado y estaba siendo la comidilla en todas partes.

Si bien, esto a Fabrizio le supo a victoria al inicio, porque Diana había

cedido ante su menor signo de debilidad, porque lo de pedir disculpas no era algo propio de Fabrizio Francois....*algo no andaba bien...*Diana parecía estar en otra galaxia. Otro mundo y más que notoriamente desconcentrada.

Como si todo el tiempo estuviera mirando a todas partes, *como si buscara algo con su mirada.*

Con solo decir que luego de su supuesta reconciliación, solo se habían dado un par de besitos sin mucho significado, muy al contrario de antes, cuando Diana apenas y podía soltarlo, y no dejaba de colgarse del cuello de Fabrizio, molestándolo sobremanera, porque éste detestaba las muestras públicas de cariño, pero esta ligera circunstancia no dejó de ser notado por los ojos verdes de Fabrizio que lo veían todo.

— ¿Dime, sabes algo que Diana haya hecho cuando estuvimos separados? —preguntó Fabrizio bajando su vaso de agua tónica, que le había servido el sirviente de Alex.

Había ido a casa de su primo, de nuevo, sí, capaz no confiaba en él, pero Alex era un amigo de Diana, estaba lleno de espías, y además que siempre parecía ver un poco más que los demás.

Alex casi se atraganta con su propia bebida. ¿Para esto había venido el idiota de Fabrizio?

— ¿Diana no te lo dijo?—insistió Fabrizio

—Eh...sí...pero como está envuelta en su fiestita de cumpleaños y yo ocupado con unas chicas, pues no tuve tiempo de oírla—se excusó de inmediato Alex, intentando disimular como pudiera y fingiendo que miraba unos cuadros de su sala, aunque su mente estuviera casi al acecho, y curioso

de lo que su primo pudiere contarle.

—Seré su galán en la fiesta de cumpleaños, soy su novio, aunque como dije, ella ya está extraña ¿recuerdas como hacia berrinches en el Facebook por nuestra relación etiquetándome en cualquier cosa?—añadió Fabrizio, abriendo sus ojos verdes calculadores, pero cuando una idea le vino a la mente añadió—. Oye, te haré una pregunta, y responde con la verdad ¿ella quizá pudo saber lo de Wendy?

Alex se volteó. Si Diana hubiere sabido del affaire con la pelirroja, no hubiese perdonado nada a Fabrizio, eso era más que categórico. Pero hasta las idiotas de quienes se decían sus amigas se negaban a hablar de ello, por el mero hecho de sustentar una apariencia. Eso le irritó.

— ¿Y porque no se lo preguntas?—dijo al final Alex, con un destello maquiavélico.

— ¿Estás loco? ¿Y arriesgarme a que ella sepa en caso que así no fuera?, tan idiota no soy, Alex—respondió Fabrizio levantándose del sofá—. Bueno, creo que ya debería largarme, pensé que tú y alguna de tus intrigantes espías podría saber algo.

Alex solo se limitó a hacerle una seña.

—Adiós primito— con una fingida sonrisa, que desapareció al mismo tiempo que Fabrizio también desaparecía.

Sus ojos zafiros destellaron en rabia.

Y por primera sintió algo que nunca percibió: *celos, unos arteros celos.*

Diana, en tanto, no estaba mejor.

Si bien socialmente, había vuelto al alto perfil, desde que públicamente

había retomado su relación con Fabrizio Francois, definitivamente para ella, las cosas no estaban bien.

Despertaba sudada, y las malditas ojeras que tenía que cubrir con maquillaje de alta gama.

También había bajado de peso, y eso hasta Pedro lo notó, que con sus ojos cobaltos controladores parecían verlo todo.

En ese instante sonó un tic de su celular. Debía prepararse para una fiesta de máscaras para ir con sus amigas y Fabrizio, por supuesto.

Solo faltaba dos días para su cumpleaños así que debía fingir todo lo que pudiese.

— ¿Qué pasa, contigo Diana?—se decía al tiempo que limpiaba una lagrima que se le escapó sin querer, mirándose al espejo, observando ese reflejo que le devolvía éste.

Había vuelto a su vida de antes en teoría....pero ya nada era lo mismo.

Dormir con Alex le había marcado un definitivo antes y después en su vida

Clarisse y Mara habían tomado la misma limusina para ir a la fiesta de máscaras. Una perfecta antesala llena de fotografías, de la próxima fiesta que se venía con el cumpleaños de Diana. A las dos les emocionaba mucho la idea, y pese a estar en una especie de paz momentánea por el asunto de Robert, a veces sin querer les saltaban chispas.

Pero apenas y subieron al limusina, casi se mueren del susto, cuando encuentran sentado cómodamente en ella a Alex Francois.

—! ¿Pero qué haces, aquí? por dios...el heredero más millonario de este

lugar ¿ahora se dedica a usurpar las limusinas de tiernas señoritas como nosotras?—musitó Mara al verlo, aunque ya el auto se había puesto en marcha con una seña que Alex le hizo al chofer.

—No digan bobadas...ustedes de tiernas tienen lo que yo de bueno—rió el chico

—Eres un patán—respondió Mara

Clarisse no respondió, prefería no hacerlo porque le ponía muy nerviosa la presencia del chico.

—Ya estuvo bueno, Mara. Tienen que decirle a Diana lo de Wendy—apuntó Alex a quemarropa, y con una mirada muy seria

—! Por dios!, ya deja eso en el olvido, ¿pretendes arruinarle la fiesta a Diana?—increpó la morena, con una mirada fulminante

—Y se dicen amigas tuyas....!son unas bárbaras!, ya veo porque Robert no te quiso a ti, Clarisse—señalando a la joven para luego añadir—. Y tampoco te querrá a ti, Mara. Ténganlo por firmado.

—! Idiota!—gruño Mara

Al final, el viaje hasta el hotel donde se festejaba la fiesta de máscaras en conmemoración a una leyenda china de quien sabe qué, se hizo en completo silencio.

Alex estaba furioso. Enfadado. Y no sabía muy bien contra que dirigir esa rabia.

Si contra estas dos tontas, o contra Fabrizio o contra la misma Diana.

O contra sí mismo, por sentir algo que no entendía bien que era.

Él estaba convencido que solo era deseo, y la fascinación que Diana había ejercido en él por su castidad. O al menos intentaba convencerse con todas su fuerzas de que era así.

¡Que fiesta tan llena de lujo!

Tan típica de los chicos ricos de Buenos Aires, y claro, llena de estos especímenes extraños que no conocían lo que era un autobús por ejemplo.

Toda la más alta cremé juvenil porteña estaba en esta fiesta de máscaras. Vestidos y trajes de alta gama, de diseñadores famosos y costosos eran las únicas que podían verse y claro mascararas de todos los colores haciendo juego con tan preciosos atuendos.

Una de las parejas estrellas obviamente y una de las más miradas, como no podía esperarse otra cosa era de la de Fabrizio con Diana, quien lucía muy linda con un vestido rosa que Valentino había diseñado exclusivamente para ella, y una máscara blanca. Con su precioso cabello negro largo suelto.

Ya estaba de pésimo humor, pese a que Fabrizio estaba curiosamente sonriente en la fiesta, pero cuando vio llegar a Clarisse usando un vestido rosa parecido al suyo casi estalla allí mismo. El trio tenía juramentado no usar los mismos colores en un mismo sitio.

Ya se las pagaría esa tonta de Clarisse.

Pero su corazón pareció detenerse por un instante, cuando vio llegar tras Mara y Clarisse nada menos que a Alex Francois.

Pese a la máscara, su inconfundible traje negro de Oscar de la Renta y su peinado liso de lado, lo hacía inconfundible, y más cuando casi todas las mujeres del recinto voltearon a ver la entrada del chico malo de la cremé rica de la ciudad.

Allí mismo, en ese instante, a Diana le pareció que el tiempo se detuvo, ya que los ojos azules de los dos habían hecho contacto tras la máscara, y la sonrisa sardónica de Alex había hecho aparición.

No importa lo que se pusiera, él igual podía reconocerla con esa cosa

puesta.

Y además venía acercándose.

Diana entró en desesperación, ya que miró a todas partes, y se veía lejos de su zona de confort, sus amigas estaban sirviéndose ponche, y el idiota de Fabrizio había ido a buscar quien sabe qué.

Estaba sola y con Alex Francois caminando directamente donde estaba ella.

Quiso correr, pero a la vez su cuerpo se paralizaba. No podía moverse un milímetro y en tanto Alex Francois venía acercándose como cual depredador acecha una presa paralizada por el miedo.

Tragó saliva ante el inminente contacto.

—El rosado te sienta bien, Rodríguez—con su voz aterciopelada, que hizo que la muchacha morena casi ya entrase en cortocircuito.

—Desaparece, Alex ¿es que no tienes a alguien más a quien molestar?

—Sí que los tengo, pero esta vez, *he elegido molestarte a ti*—acercándose peligrosamente a ella, haciendo que la joven retrocediera ligeramente

—Gritaré si intentas algo—advirtió la chica

— ¿De placer?—replicó el chico, y luego acercándose peligrosamente más aun le murmuró al oído—. Así como gritaste aquella vez, cuando estaba sobre ti...en tu cama, en tu cuarto.

Diana estaba más sonrojada ya que un tomate maduro, menos mal la iluminación del lugar y la mascarilla le cubría algo, porque no quería que él viera los estragos que le estaba produciendo.

La llegó a acorralar tanto, que sin darse cuenta estaban detrás de uno de los pilares grandes del salón, sin duda, no podían verlos, pero al menor descuido, todos podrían hacerlo.

— ¿Qué quieres?—volvió a mascullar bajito Diana al tiempo que intentaba empujarlo con los brazos, pero obvio que no podía; él era mucho

más fuerte que ella.

— ¿Qué haces con ese imbécil de Fabrizio?—finalmente preguntó él, mirándola desde su altura

Diana creyó ganar un poco de soltura al oír eso.

— ¿Qué crees que hago? Fabrizio es mi novio—y allí tuvo valor de voltearse más que nada para que Alex no le viera la cara y añadió—. Y como pareja, es obvio que hacemos lo que toda pareja ¿Por qué haces estas preguntas tan ridículas?

Alex se pegó peligrosamente por detrás de ella, tanto que los pelos de la nuca de morena se erizaron por completo, y hasta podía jurar que le costaría respirar.

— ¿En verdad?—y con la punta de sus dedos recorrió desde el hombro desnudo de Diana hasta pasar por todo el largor de los brazos, hasta finalmente, posar su mano sobre la de ella, que sencillamente no podía oponer resistencia—. Y entonces... ¿él ha logrado hacerte el amor como yo? ¿Él ha logrado estremecerte....así como estas ahora?— entrelazando finalmente su mano con la de ella, que francamente estaba paralizada, y no se volteó nunca, porque Alex de lo contrario hubiese visto su boca entreabierta, sus mejillas ardiendo y el temblor de sus labios.

Igual no fue necesario porque Alex había sentido el estremecimiento de su piel al tacto.

— ¿En verdad si él tanto te hace gozar, porque dejas que yo te toque de esta manera—finalmente apuntó el chico de ojos azules.

Eso pareció despertar a Diana, que finalmente se volteó y le dio un empujón a Alex para salir huyendo del lugar.

Con su corazón latiendo a mil por hora.

Corrió a refugiarse a los tocadores y fue allí que encontró a Clarisse que justo se retocaba el labial.

Por primera vez desde el inicio de la fiesta agradeció que hubiese traído un vestido del mismo color que el suyo.

Iba a proponerle un trato para obviar la regañina que le tenía preparada por haber roto su trato de amigas de jamás hacer coincidir colores en la vestimenta en una misma fiesta.

Alex fue al bar de la fiesta, necesitaba un trago después de semejante jueguito con Diana.

Y lo peor de que ahora estaba peor que antes.

Estaba mucho más celoso de lo que creía. El solo hecho de que Diana no le hubiere replicado ni una sola vez acerca de que Fabrizio le hacía mejor el amor que él había sido el detonante.

Ella era virgen cuando la tuvo aquella deliciosa noche post burlesque.

¿Era posible que ya se hubiese entregado a Fabrizio también?; ese idiota no se merecía tomar algo tan puro y delicioso como lo que Diana podía ofrecer.

Tuvo que beber unas rayas de whisky sin despegar sus ojos de Fabrizio, su odioso primo.

Si nadie hacía nada, entonces él lo haría.

Nadie tenía el derecho de jugar con Diana y no interesaba que con eso se ganase que su primo lo detestase. Los celos, y la furia estaban haciendo estragos en Alex y no le dejaban pensar con claridad.

Fue ahí que vio pasar a alguien que podría ayudarle en esta empresa.

La acababa de ver salir de los tocadores, así que la siguió cuando la vio tomar camino a uno de los balcones del hotel.

Ella estaba de espaldas, pegada al barandal cuando Alex la vio.

El chico enarcó una ceja de apreciación.

De verdad que Clarisse era bien formada, y por supuesto, otra morena a la cual la genética y los cuidados que el dinero podía comprar la tenían muy bien, y sin duda, si Robert no hubiese jugado antes con ella, a él le hubiera encantado hacerle el favor, pero Clarisse era demasiado huida, y tontita en muchas cosas, así que prefería ahorrarse ese quebradero de cabeza que hubiese significado.

Lo otro malo que tenía eran esos rodetes en la cabeza. Desde la escuela los usaba y ahora en plena preparatoria seguía en los mismos juegos de peluquería.

Alex se acercó de espaldas a la morena enmascarada de los rodetes.

—Clarisse....Clarisse... ¿Qué te hizo ahora Robert, como para que vengas a llorar aquí?

La morena pareció estremecerse un poco, pero no respondió.

Alex sonrió.

—Está bien. No volveré a mencionarlo. Vine aquí porque creo que tú eres la única de las amigas de Diana que puede hacer algo bien aquí. Ya que Mara quiere seguir fingiendo esta estupidez, eres tu quien puede salvar a tu amiga de la vergüenza de que todos sepan a sus espaldas de que su novio perfecto no es más que un farsante que le ha estado poniendo unos bellos cuernos todo el tiempo con Wendy Brenna. Y tú lo sabes, Clarisse—terminó diciendo con una voz muy seria

La morena no respondió pero Alex no se extrañó. Clarisse era la chica más

tímida y miedosa que conocía.

Pero era inocente, y por ello, recurrió a ella, para que alguien pudiese ir a abrirle los ojos a Diana.

No sabía si era por un fin altruista de no saberla en ridículo, o por meros celos.

No sabía cuál de los dos era su verdadero móvil.

Pero quería que Diana supiera que Fabrizio no era el hombre que ella creía.

La morena jamás se volteó a él.

— ¿Qué dices, Clarisse?

La chica parecía paralizada, siquiera un gemido se le había escapado.

— ¿Estas bien, Clarisse?—volvió a insistir Alex—. Si Robert te ha hecho algo de nuevo, si quieres, me vengaré por ti. Ahora dime ¿le dirás a Diana la verdad?

La chica no dijo nada, pero de repente hizo un ligero asentimiento con la cabeza.

Alex enarcó una ceja. Esta Clarisse cada año estaba más rara, pero en fin. Al final parecía que era la amiga más buena que podría tener Diana.

El chico colocó las manos en los bolsillos de su impecable traje.

—Está bien, no sé si tomar eso con un asentimiento o como una negativa. Me voy. Ya me dices después sí que decidiste hacer—apuntó el joven, antes de salir de allí y tomar camino a su propio pent house.

No estaba ni remotamente consciente de lo que acababa de pasar.

La joven morena nunca le respondió por dos motivos.

Una, *ella era no era Clarisse* y segundo...el shock de saberse que su eterno novio le hubiese estado siendo infiel todo el tiempo fue demasiado para ella.}

Porque la morena del balcón, con los mismos rodetes que Clarisse, *no era Clarisse*.

Era Diana.

Quien había decidido intercambiar vestidos y hacerse el mismo peinado que Clarisse, más que nada porque temía que Alex volviese a acorralarla en algún lugar de la fiesta.

Diana se quitó la máscara que tapaba su media cara y una lagrima, no tanto de dolor, pero sí de decepción empezó a caer por su bello rostro.

Lo que pasó a continuación fue motivo de comidilla en el Facebook por muchos días, cuando una fotografía de una furibunda Diana Rodríguez enganchándole una dolorosa cachetada a Fabrizio Francois, su novio....o mejor dicho, *de vuelta ex novio* recorrió esa red social y el grito fulminante de ¡ maldito infiel! Que resonó en el salón del lujoso hotel

La morena regresó hecha un mar de rabia esa noche a su pent-house, el maquillaje corrido, el pelo desordenado luego de quitarse los rodetes que se había hecho en la fiesta para camuflarse como Clarisse, para que al final, eso fuese el detonante para saberse que todo el tiempo, probablemente había sido el hazmerreír de todo Buenos Aires.

Ya lo había decidido.

Cancelaría su maldita fiesta de cumpleaños. No quería ver a ninguno de

esos bastardos en su fiesta.

Mentirosos. Y sus supuestas amigas a la cabeza.

Pero lo peor no era que lloraba por la traición de Fabrizio, porque si era por eso, ella misma había cometido una terrible con ese canalla de Alex Francois, pero lo que le dolía era la humillación pública a la Fabrizio la había expuesto.

Eso era lo único de que verdad le dolía.

Diana no supo que esa madrugada, y luego de alertado por esa foto, Alex Francois se presentó en su pent-house a esas horas tan inadecuadas, pidiendo verla, pero había sido despachado por Pedro.

—Regrese luego, joven Francois, a unas horas más decentes. La niña no está bien y verlo a usted solo la confundiría más—musitó Pedro antes de cerrarle la puerta en el rostro a un Alex desconcertado y furioso.

¡Que se creía un sirviente como ése para tratar así al heredero más rico de Buenos Aires!

Al final tuvo que marcharse, pero sí que marcó innumerables veces el número de la morena, esperando que ella lo atendiera.

Pero le salía apagado.

Antes de marcharse con su limusina, Alex se quedó mirando por un largo rato el edificio donde vivía Diana.

De alguna manera, en una forma desconocida para él, le dolía saber que Diana estaría sufriendo ahora.

No le gustaba eso.

No le gustaba para nada.

Diana literalmente desapareció del mundo virtual.

Desactivó sus perfiles sociales en las redes, así como también ordenó cancelar la lujosa fiesta que preparaba para su esperado cumpleaños.

También botó la entrada para Fabrizio Francois a su pent house, y esa orden, su fiel sirviente se encargaría de hacer cumplir a rajatabla.

El ex novio intentó comunicarse en numerosas ocasiones con su ex chica, pero Diana le cerró por entero las puertas de la comunicación, ya que lo primero que hizo la morena fue arrojar su teléfono a su chimenea digital.

También cortó comunicaciones con Clarisse y Mara.

¡Malditas traidoras!

Merecían que Robert jugara con ellas. Si la morena hubiese sabido que alguien las humillaba públicamente, ella no hubiese dudado en contárselo a ellas, justamente en el tema de Robert, Diana había sido clara en su posición y las había alertado que aquel hombre era un gran jugador de mujeres.

El nombre de Diana Antonella Rodríguez estaba en el ojo público.

Una abeja reina no podía tolerar tal humillación, y cuando algo así le ocurría a una socialité como ella; una de las posibilidades que tenía, para huir de estas cosas, era el propio autoexilio.

Ir a vivir una larga temporada en Europa o quizá Estados Unidos.

Todas estas posibilidades estaban siendo barajadas por Diana.

Alguien que vivía de su imagen pública y más una adolescente como ella perteneciente a un mundo como aquel, esas cosas lo eran todo.

Y era lo mínimo, porque Diana nunca había conocido otras cosas.

Decidió llamar a su madre, que seguro estaba en sus oficinas en Londres.

Le informaría que iría a terminar los pocos meses de escuela en Londres y que se quedaría en Europa. Ella podía hacerlo, porque aparte de tener las correspondientes visas, fácilmente podía convalidar el colegio allá.

Buenos Aires había acabado para ella.

Aunque al tomar esa decisión, algo le dolió un poco...aunque en ese momento no supo muy bien qué...

Solo al ir a su habitación, y ver su propia cama...tuvo un flashback corto pero intenso.

Se sentía vibrar entre esos brazos bien formados del chico de cabello oscuro, que besaba su cuello como si no hubiera nada más delicioso en este mundo, como si quisiera sumergirse en el néctar de Diana.

Ella estaba conociendo el dolor y el placer de una sola vez, cada vez que él entraba en su cuerpo ya no casto porque él se había encargado de romper ese rastro de doncellez; y aunque cuando uno lo veía creería que era un hombre sin delicadezas, Diana sí podía decir que él estaba tratándola con todo el tacto y tranquilidad del mundo.

Preguntándole a todo rato si estaba bien, si deseaba que siguiera, si como se sentía y besando sus labios con mucha ternura, cuando las palabras no le salían para expresar algo.

En ese rato, los recuerdos tan bonitos de esa noche alocada, se le esfumaron a Diana al recordar que Alex era todo menos un hombre en quien podría confiar o pretender algo más.

Rememoraba que como amiga desde siempre del chico de cabellera negra, ella se sabía sus andanzas desde que era un niño que ya se perfilaba como el casanova de la ciudad.

Le había visto desde siempre acompañado de todas las mujeres más bonitas de Buenos Aires.

Elizabeth López, Melissa Ramírez, Lisa Veraz, hasta la mismísima amante

de Fabrizio, la bella Wendy Brenna era otra de las bellas que alguna vez compartieron la cama de Alex.

Él era Alex Francois, y ni una *noche maravillosa e inolvidable podría cambiar eso*.

Además no podía olvidar su descaro cuando le propuso volver a tener una noche juntos.

Eso le hizo apretar los puños de rabia, aunque al instante se suavizó al recordar las palabras de Alex, cuando éste creía que hablaba con Clarisse.

“Diana no merece ser el hazmerreír de todos...”

Canalla, seguro algo se traía entre manos, nada podía ser desinteresado en Alex.

No sabría explicar con exactitud pero se estaba dando cuenta que probablemente el único ser en Buenos Aires que extrañaría era a ese maldito pomposo.

Otro que tampoco podía mantenerse con calma era el viejo Pedro. Quizá era un simple mayordomo, pero conocía a Diana desde que era niña, y cuando supo de sus planes de preparar un viaje casi permanente a Londres, eso no le supo nada bien.

Su niña estaba entrando en corto.

Y con la madre de Diana ausente y sin un padre que pudiera aconsejarla.

¿Quién más que él para ayudarla?

Después de todo, pese a todo el parloteo, Diana no dejaba de ser una adolescente confundida.

La madre de Diana, al principio se sorprendió ante la repentina decisión de su hija de ir a vivir a Londres, pero bueno...ella era su única niña, así que la consentía en lo que desease, y esta no sería una excepción, aunque sabía que quizá Diana tomaba una decisión como esta, no era en balde.

Así que el preparativo fugaz para el viaje de Diana a Londres se hizo en total silencio, y en el más extremo secreto.

Eso era fácil, cuando tienes tu avión privado a disposición, y a pesar de que había gente acechándola luego de su desaparición y cancelación de fiesta de cumpleaños, no era difícil para la heredera del imperio Rodríguez pues despistarlos.

Aunque no podía negar que le dolía ver como ponían sus cosas en la maleta.

¿Qué podía ser peor?

Ni siquiera tendría su fiesta de cumpleaños, por el cual se había desvelado tanto, así que curiosamente programó su viaje para esa particular fecha. Ni siquiera quería estar aquí, cuando hipócritas del mundo cremé de Buenos Aires intentarían acercarse a ella.

Eso no podía permitirlo.

Ya estaba arreglado. Se largaba.

Aunque sus últimos minutos en suelo bonaerense, los hizo curiosamente lentos. No porque esperaba alguna llamada telefónica o algo. No tenía celular y las llamadas a su casa eran bloqueadas por Pedro., quien por cierto, la miraba raro, *como si hubiese tramado algo*. Aunque la única llamada que le había pasado era la su madre felicitándola por cumplir 17 años.

Pero de alguna forma, estúpida y rara....*como que esperaba algo*.

¿Pero que podía esperar?

Esta no era una telenovela donde venía alguien al último minuto a detenerte, pero curiosamente cuando pensaba en esa novelesca situación él que le venía a la mente no era su ex novio—ese idiota e infiel de Fabrizio—; sino alguien más.

Del mismo apellido y de idéntico peinado.

Pero sin duda, muy diferentes.

Antes de subir al avión expreso y privado que la llevó a Londres, miró varias veces hacia atrás.

Pero nada pasó.

Como podría esperarse.

Nada o *nadie* vino a impedirle su viaje...

Fabrizio era otro que también había intentado por última vez llegar junto a Diana, cuando al fin le dejaron subir al pent-house de la morena, Pedro le informó que la joven había viajado esa madrugada a Londres.

No tuvo más remedio que retirarse.

Ni siquiera podría saludarla por su cumpleaños.

Le apenaba porque conocía a Diana desde siempre y a pesar de su ruptura en horribles términos era incapaz de desearle algún mal.

Subió a la limusina que lo llevaría a casa,

Mejor debería dedicarse a pensar en una buena excusa para darla a su temible padre Massimo, a quien le costaría aceptar que su hijo había fracasado en la única cosa que le había encomendado cuidar.

Su relación con la socialité y heredera de una compañía que Massimo

Francois hubiese adorado anexar a la suya propia.

Fabrizio debía estar preparado.

Suspiró con un fastidioso resoplo.

Técnicamente de alguna manera Diana había pasado su cumpleaños en el avión que la llevó de Argentina a Inglaterra.

Más de doce horas de vuelo, donde en parte se pasó durmiendo, otro pensando, y hasta en algunas cuestionándose por su decisión.

Su vida cambiaría aquí.

Pero de igual manera, esta morena bonaerense haría lo posible por volver a imponerse aquí como un icono como lo era en Argentina.

Suspiró pensando en esto, mientras llegaba a esas nuevas tierras, lejanas a su origen y que ahora por su capricho de status se había autoimpuesto.

Pero algún encanto tendría que tener ya por ejemplo su madre adoraba vivir en Londres.

Esta casi se vuelve loca de la emoción al verla. Eran idénticas en muchas cosas.

Quizá como festejo atrasado de cumpleaños podría salir con su madre en un carísimo restaurant para tomar aires y perder algo de jet lag.

Pero su madre le salió con que no podía, que mejor la dejaba descansar. Que mejor deseaba que acomodase su nuevo horario.

—Pero ya verás que mañana será un mejor día, mi querida hija. Aunque técnicamente ya no sería tu cumpleaños, pero igual puedes disfrutar. Ve y descansa—apuntó su madre con su risa fácil.

Aunque los labios de Diana terminaron de curvarse cuando su madre le

indicó que le había reservado una habitación en el Plaza, porque su venida repentina no le había dado tiempo de adecuar una habitación para ella.

¡Genial!

Ni siquiera dormiría en un lugar propio.

Y ni siquiera tendría una salida especial en esta fecha tan sensible para ella.

Diana empezó a maldecir en voz baja, aunque aun así, su madre tenía razón, estaba demasiado cansada del viaje y necesitaba descansar así como refrescarse.

Ya tenía 17 años ¿Qué podía ser peor a todo lo que haya vivido hasta ahora?

Como sea, apenas terminó su baño de espuma en la lujosa habitación de hotel, cayó a dormir apenas tocó la cama.

Era cierto.

Estaba agotada.

Casi ocho horas después, cuando Diana abrió los ojos, ya era casi la ocho de la noche según hora local, pero ya del día siguiente a su cumpleaños.

Definitivamente una cosa a la cual le costaría acostumbrarse sería a la colosal diferencia horaria con Argentina.

Estaba despertando para la hora de la cena.

Pero al menos su madre se había tomado muchas molestias.

Le había mandado una caja con un vestido, y había dejado una nota diciéndole que viniera en el restaurant del hotel antes de la medianoche inglesa.

Bueno, aunque no había firmado era obvio que era su madre.

Tenía hambre y ganas de ponerse bonita. Un peligroso combo, así que se puso manos a la obra, para después ponerse ese fabuloso vestido de Chanel blanco corto.

Era raro que su madre le mandara algo así. Ella era demasiado fan de Oscar de la Renta o Prada.

Diana sonrió.

Quizá los aires londinenses estaban cambiando a su madre.

Diana estaba hecha una visión apenas bajó por los ascensores del lujoso hotel, y en ese rato, un botones se le acercó diciéndole que la esperaban ya en el hotel.

—Pero que impaciente es mamá—musitó para sí la joven, tan extrañada del comportamiento raro de su madre, caminando en sus elegantes tacones blancos de Chanel que complementaban su outfit.

Al menos podría vanagloriarse de ser una argentina que hablaba un inglés fluido.

Otra ventaja de haber sido criada en su exclusivo mundo.

Pero apenas entró al restaurant del hotel, quedó paralizada.

No había absolutamente nadie.

Solo una única mesa con velas perfectamente arreglada.

¿Qué demonios era esto?

No necesitó esperar mucho para su respuesta.

Una luz se encendió y pudo ver a la figura que se acercaba, perfectamente ataviada en un traje que le quedaba a medida.

Su sonrisa irresistible y su eterno peinado liso.

Los ojos azules de Diana se paralizaron literalmente, porque a la vez temblaban.

Era Alex Francois que venía acercándose, caminando tranquilamente a ella.

Diana ni siquiera pudo correr, cuando él se acercó y con su aliento calentó su oreja, al susurrarle.

—Ya sabes que Alex Francois nunca te dejaría ir, así nada más.

— ¿Fuiste tú todo este tiempo?—finalmente logró musitarle Diana al tiempo que la ira se le arremetía en la cabeza y empujando levemente al chico

—. El vestido, el hotel, ¿esto?—señalando el lugar.

Aún estaba desconcertada, aunque no negaba que *muy emocionada en sus adentros*, aunque eso no lo admitiría nunca frente a este hombre.

Alex no se dejó empujar, y la cogió de los brazos, aunque ella intentaba resistirse.

— ¿A qué has venido, Alex?, ¿ahora te has vuelto un acechador?

—No lo niego, pero tu madre y tu criado Pedro bien que ayudaron—sonrió Alex sin soltarla y acercándose más a ella, volvió a susurrarle al oído—. Por cierto, feliz cumpleaños, Diana.

Ella tragó saliva por la estrecha cercanía.

— ¿Cómo te atreviste?

Él se encogió de hombros.

—No me dejaste opción, Diana.

Ella finalmente pudo salirse de los brazos de Alex, y se puso de espaldas al joven que en ningún momento perdió su sonrisa.

—Pues muchas gracias. Ya me dijiste lo que viniste a decirme. Ya puedes volver a Argentina a regocijarte de mí desgracia con todos esos hipócritas.

Alex dejó de sonreír y con un tono muy serio aseguró:

—Yo nunca me regocijé con eso, Diana. Y en verdad, no debiste irte. En todo caso, es Fabrizio quien se debió haberse largado de la ciudad. Si tan solo me lo hubieras dicho.

Diana cerró sus ojos ligeramente cuando una lágrima furtiva le rodó en la mejilla.

Ella sabía que eso era verdad. Ella misma se había enterado de todo, cuando oyó que fue Alex quien presionaba a quien creía que era Clarisse para que se lo contase.

Igual, no tenía ganas de dar un brazo a torcer.

Por un lado, anhelaba tanto arrojarse a los brazos de ese sinvergüenza mujeriego y admitirle que lo había extrañado pero por el otro...

Recordaba que este hombre era Alex Francois, el casanova legendario...

—No interesa que te hubieras ido a ocultar con los esquimales, Rodríguez. Igual te hubiese encontrado. Aunque Pedro no me hubiese dicho nada, tu olor a Chanel y a ti misma...te hubiera delatado—mencionó poniéndolo una mano en el hombro

—No quiero estos juegos—musitó Diana

—Yo tampoco quiero *esos juegos* contigo—respondió él, haciendo que ella abriese mucho los ojos y se voltease a mirarlo.

¿En verdad este hombre que estaba aquí era Alex Francois?

No lo parecía.

Él volvió a sonreírle.

—Ya basta de estas porquerías, Diana. Escucha...cuando supe que te viniste a Londres, casi me vuelvo loco, y por poco pierdo la cabeza. Así que ya sabes, *no me iré sin ti y tampoco me quedaré aquí, si no es contigo*—agregó Alex Volviendo a la seriedad.

— ¿! Qué?!

— ¿Necesito ser más específico?, pues bien...! Me gustas!, me gustas

como nunca pensé que alguien podría gustarme. Tanto que no me importa hacer el ridículo ahora. ¿Lo has entendido ahora?

Diana pareció entrar en shock y no pudo responder. Siguió callada, sin moverse, como paralizada y sin poder responder.

—Creo que necesito ser más específico. El estar estos días con Fabrizio te volvió algo taruga—mencionó el chico al tiempo que la tomaba de los brazos firmemente, para estampar sus labios con los de ella.

No fue un beso dulce ni tierno, sino más bien el resultado de semanas de deseo reprimido, y ella no pudo evitar responder. Ella se había estado reprimiendo demasiado también...

—Y también vine, porque no hubiese soportado que vinieras aquí y conocieras a alguien. *No podría soportar que estés con alguien más que no sea yo*—dijo sobre sus labios

Eso fue suficiente para la jovencita.

—Y yo tampoco podría soportar que estés con alguien más. Te caparé si me rompes el corazón—finalmente se arrojó a responder la morena sobre la boca entreabierta de Alex, con unas palabras que le salieron del corazón, y tirándose a esos brazos con entera libertad.

Él ya no pudo evitar acariciar esos cabellos negros que durante tanto tiempo había dicho a su corazón que solo deseaba tocar por mero capricho. *Hace tiempo que Diana había dejado de ser un mero capricho.*

—Lo tendré muy presente—besándole el cabello, y permitiéndose hundir su nariz en ese olor tan profundo a Chanel.

Ya no necesitaban más palabras.

Él había ido a Londres a quedarse con ella.

Y no cambiaría de opinión acerca de volver, a menos que Diana se fuera con él.

—Si tú te tiras, yo me tiro, como decían esos dos idiotas de esa

película—decía Alex riendo

—Esos dos se mataron—apuntó Diana

—Bueno, nosotros no seremos tan tontos. ¿Me quedo contigo? ¿O nos volvemos a Buenos Aires?—abrazándola por la cintura

—Me gusta la neblina londinense....pero luego de terminar el colegio aquí, podríamos volver a Buenos Aires.

Él sonrió por toda respuesta, aunque la elocuencia más obvia se dio con ese beso con el cual sellaron este nuevo trato.

Fue el cumpleaños más inolvidable de Diana.

Romántico, cool y muy elitista, ya que Alex había reservado el restaurant entero para ellos dos.

Bebieron un buen vino y brindaron en medio de risas renovadas los 17 años de Diana, y el pacto de este nuevo trato entre ambos.

Esa noche, como no podía ser de otra manera, mas entre dos personas que se desean demasiado, ocurrió lo que ya nadie podía atajar.

Hicieron el amor por primera vez, munidos de un anhelo dulce y tierno.
Ya no el mero deseo de una típica fiesta post burlesque.

Él pudo comprobar que en verdad, aparte de él mismo, nadie más había tomado lo que consideraba suyo.

Y ella pudo comprobar que las segundas veces dolían menos que las

primeras, más aun, cuando sabes que te entregas a alguien que está dispuesto a tirarse detrás de ti.

Mientras él se esforzaba por entrar dentro de ella con toda la delicadeza del mundo, al verla gemir, ya no pudo contenerse y sencillamente la levantó de la cama donde la había puesto y la apretó por la pared, haciéndola que rodeara sus piernas por su cuerpo y seguir su deliciosa tarea desde esa posición.

Ya tendrían después todo el tiempo del mundo, para hacer el amor de forma tierna.

Sin duda lo que había nacido como un simple capricho hormonal había mutado hasta volverse un sentimiento que acabó por cambiarlos a ambos.

Ahora vivían en Londres porque ya no tenían de otra.

Pero apenas terminasen el colegio, harían sus maletas y se volverían a Buenos Aires.

Y le demostrarían a quien fuera, que lo de ellos *ya no era mero capricho*.

Mientras tanto....les quedaba Londres para rato.

Y vaya que lo disfrutarían.

FINAL